Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año VIII	Setiembre y Octubre de 1944 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 9 y 10

Aromas de santidad

El amor hecho hombre

Por el Lic. Santiago Burgos Brito

No nos interesa en lo absoluto el sentido convencional que se ha dado al concepto histórico de la Edad Media. Parécenos que por una de esas intuiciones geniales, se llamó así a esa época de tan altos y clarísimos relieves, que escinde a la humanidad en dos períodos que se bifurcan hacia rumbos distintos, perdiéndose uno en la infinitud de los tiempos pasados, y prendiendo el otro triunfales alboradas en interminables porvenires. Provocada por el Cristianismo, esa escisión está impregnada hasta lo más íntimo de sabores religiosos, hipersensibilizada por las dudas, las mortificaciones y las controversias, matizada por lo sobrenatural y extraterreno con pinceladas de una energía sobrehumana, que imprime un carácter inconfundible a esta edad portentosa de la historia del mundo. Si dentro de los cánones de la técnica histórica pudiéramos barrer de la Edad Media hasta los últimos vestigios cristianos, todo el maravilloso edificio se derrumbaría, falto de cimientos, carente de los materiales que integran la estructura formidable. Porque en ningún tiempo el Cristianismo acapara la atención universal, el pensamiento de los hombres, como en esos siglos misteriosos del Medioevo, en los que las alas luciferinas de los herejes y blasfemos, se rozan a cada paso con las angélicas de los santos y de los anacoretas. Edad luminosa y excelsa, en la que el pensamiento humano abandonó la tierra para hurgar el secreto de la felicidad eterna, dejando en lo bajo a la materia encenagada en el disfrute de los placeres terrenales. Materia y pensamiento vivían, empero, iluminados, cuando no ofuscados por los resplandores de la fe. Era una orgía de vida apasionante e impetuosa, cuyo motor era el Cristianismo, convertido en la Iglesia Católica, la más importante y trascendente institución religiosa de todos los tiempos.

Toda la Europa medioeval es traída y llevada por la marea irresistible de la fe cristiana. Estos pueblos, formados por complicados cruzamientos raciales, y en cuya psicología multiforme la idea cristiana arraigó profundamente, se enredaban en las magníficas complejidades del dogma, confundían su espíritu en la interpretación de los hechos evangélicos, y acabaron por sentir dudas y vacilaciones, suspicacias y temores, cuando no tremendas decepciones, que florecieron en pintorescas y curiosas herejías. Y aquello no podía ser de otro modo. En los períodos de formación de las nacionalidades, hay todavía muchos instintos en absoluta libertad, que no se sienten cómodos ante las contenciones religiosas. La vida mundana corría a campo traviesa, con esfuerzos locos por soslayar obstáculos y prohibiciones. Y cuando percibió que los mismos pastores daban a su rebaño el mal ejemplo, cobró nuevos bríos, se sintió autorizada para el disfrute más amplio del placer grato a los sentidos, e inició ese pagano desenfreno que en el Renacimiento habría de estallar, en magnificencias soberanas. Quienes se dedicaron al placer sin trabas, miraban apenas de reojo las obligaciones de su religión. Los que seguían con el alma puesta en las verdades divinas, empezaron a dudar. Y con las dudas, las herejías advinieron a sembrar sus granos de escepticismo, que siglos más tarde habrían de fructificar con creces en las predicaciones de Huss, y de Knox, de Lutero y de Calvino. Es indudable que la doctrina del Crucificado no encontró siempre el material humano propio para poner en práctica la bondad infinita de sus enseñanzas. Explicable por varios motivos durante la Edad Media, es un hecho que nos revelan los propios escritores cristianos de la época, como puede comprobar quien abreve en las fuentes documentarias de cualquiera de sus aspectos principales. Aun en lo puramente literario, ¿qué son sino requisitorias furibundas "El Libro de Buen Amor", del Arcipreste de Hita, y "El Rimado de Palacio", del canciller López de Ayala, joyas literarias del medioevo español? Los historiadores modernos del catolicismo, no detienen su pluma ante la pintura de estos errores, equivocaciones y mistificaciones del catolicismo de aquellas centurias. Janssen, en su monumental estudio sobre la Reforma y el Padre Sarasola, en su libro famoso sobre el Poverello, reconocen la exactitud de aquellos cuadros que acaso sirvieran de abono para la reproducción asombrosa de los enemigos del catolicismo.

Y cuando aparece en la escena del mundo el hijo del pañero Bernardonne, es grande el desconcierto y suma la angustia de quienes veían a los enemigos de su fe levantar sus pendones en tierra extranjera, y a los simuladores, y escépticos y herejes, arrastrar por los suelos las normas de una moral tan pura, que se hace divina de su propia pureza. Odio, destrucción y muerte, rondaban por doquiera las máximas bellísimas del Evangelio. Las propias Cruzadas, que en su aspecto religioso obedecen a fines nobilísimos, eran hechos de armas, movimientos de masas humanas arrastradas por la fe

a saqueos y matanzas implacables. Algunas herejías clamaban contra iniquidades semejantes. Y hombres de corazón magnánimo hubo que hablaron del retorno de la bondad humana, como ese Pedro Valdo y sus valdenses, que van abriendo calladamente el surco en el que habrán de caer las próvidas semillas del profeta de Umbría. Y cuando el hijo de Pietro Bernardonne, en medio de los halagos y comodidades de su vida regalada, aspira este aire de maldad y de mentira, siente que la Verdad le quema las entrañas, que la Verdad no es ésa de las reyertas constantes entre los diversos pueblos italianos, que la Verdad no reside en la agresión de obra o de palabra, que la Verdad no es la maldad de los hombres, sino el Amor, amor que es bondad inagotable, amor que es un manantial de risueñas esperanzas, amor que es la contradicción absoluta de todo cuanto entristece la existencia, y convierte al hombre en el enemigo del hombre. Ese amor, Francisco Bernardonne sabe que tiene su fuente purísima en la doctrina de Jesús. Analiza sus pasos, aspira el perfume suave y acariciador de su palabra, escruta los designios de su misión terrena, y, como El, decide a su vez sacrificarse por los hombres. Y enloquece de amor, y se arroja al fuego de un amor que destruye todas sus ataduras con la vida mundana, importándole un ardite las pedradas y los improperios, las incomprensiones y las malquerencias. Si en su época hubiera existido un Binet Sanglé, que científicamente hubiera hecho su diagnóstico, el Pobrecito se habría encargado de cantar las excelencias de su divina locura, de esa locura amable y comprensiva, que se deshizo en mieles de bondad, de dulzura y de caridad incomparables, dentro de los términos comparativos de lo puramente humano.

¿Cómo era físicamente Francisco de Asís? Tomás de Celano, uno de sus más antiguos biógrafos, nos lo describe así: "Mediana estatura, más pequeño que alto; cabeza redonda, y bien proporcionada; cara ovalada; frente plana, pequeña; ojos negros, de límpida mirada; cabello oscuro; cejas rectas; nariz sutil, bien perfilada; orejas chiquitas, rectas; sienes no abultadas; lengua insinuante, móvil, aguda; voz dulce, timbrada, clara y sonora; dientes iguales, apretados y blancos; labios delgados y pequeños; barba negra y rala; cuello delgado; espaldas rectas; brazos cortos; manos delicadas; dedos largos; uñas finas; piernas delgadas; pies reducidos; piel suave; carnes enjutas; áspero el vestido; sueño ligerísimo; actividad continua. Hombre facundísimo, de rostro jocundo, de benigno aspecto, incapaz de bajezas, exento de toda insolencia."

Francisco ha dejado de ser el hijo del rico pañero Bernardonne, para convertirse en un pobre mendicante, en un predicador humilde, que sólo ansía revivir al Jesús de las páginas del Evangelio. Admira la santa pobreza

de Jesús, y quisiera que sus discípulos lo emulasen en esa indiferencia de los bienes terrenales, que viene a ser un anhelo de repartir proporcionalmente la riqueza, de modo que a todos alcance su disfrute y beneficio. Y en su prédica, acompañada del ejemplo más edificante, no hay una sola mancha, la claudicación más insignificante, que permita a comentaristas de la heterodoxia sorprenderlo en faltas o en contradicciones. En su palabra no existen agresiones, no palpitan críticas engendradoras de enojos y de inquinas. Pero sus hechos significan mucho más que las catilinarias más tremendas de Savonarola. En sus desposorios místicos con la Pobreza, hay una protesta callada y silenciosa, como en la prodigalidad de sus limosnas. Apareciendo en la época en que el orgullo feudal se mostraba más duro para con los desheredados de la fortuna, Francisco tuvo la idea genial de abrir el Evangelio a los ojos del pueblo, de vivirlo cual un nuevo Jesús, para remozar y agrandar el Cristianismo. Y los que sufrían hambre y sed de justicia, escucharon las palabras del profeta de Umbría, y fueron a él con los brazos abiertos. Los pobres, los humildes—dice Gómez Carrillo—los esclavos de la gleba, los oprimidos por el poder militar, los abandonados de la misericordia, reconocieron de pronto al Dios todo bondad y todo perdón en las nuevas imágenes. Con una energía indomable, el santo reformador iba de un extremo a otro del mundo medioeval llevando su poderoso ejército de frailes libertadores. Era que Francisco de Asís poseía altas calidades revolucionarias. Lo reconoce así el padre franciscano Sarasola, que ve en el santo de Asís a un hombre de auténticas calidades revolucionarias: santo, poeta, tribuno, hombre de acción continua, magnetizador de muchedumbres, que revolucionó el mundo medioeval cristiano en el mismo centro vital de las almas. San Francisco se captó con su gran amor el de todos los hombres, porque era también un santo adorador del aire libre, amoroso de la vida en sus manifestaciones primitivas, amigo del instinto, más que de la reflexión. El aporte del espíritu humano a la obra de la naturaleza le parece pequeño; y, sin declararse enemigo de la civilización, no se preocupa de ella mucho que digamos. No hay en sus discursos ni en su manera de ver filosofía alguna. Pero el ejemplo de su vida, la savia que la anima, crean una filosofía, transmutada y ampliada más tarde por San Buenaventura y que se exalta en Dunn Scott y en otros pensadores cristianos del Medioevo y del Renacimiento. La naturaleza entera lo subyuga de tal modo, que por ello ha sido llamado con cierta irreverencia el santo pagano, una de las más hermosas encarnaciones del genio pagano en su raza itálica. Porque él ama todo lo creado, en arroyuelos de amor que refrescan los más duros accidentes de la vida. Y marchan a su lado los pájaros del campo, y los lobos de la selva, como las cigarras de las tardes estivales. Hermanos suyos son el agua y el fuego, la luna y el sol, la piedra y la montaña, la hoja del árbol y la flor campesina. Francisco de Asís es un poeta de la palabra y de la acción. Las "Florecillas", esa serie de tablas del beato Angélico, ese misal cubierto de viñetas iluminadas y de místicos arabescos, en la expresión certera de la

condesa de Pardo Bazán, constituyen el elogio más sublime del estigmatizado Poverello. Allí están sus visiones y milagros, sus charlas divinas con las aves a quienes da buenos consejos y rodea de ternuras y de elogios y a las que promete recompensas. ¡Qué contentos se ponen los pájaros, y qué contenta el agua que oye que la llaman hermana y qué alegre el fuego al sentirse el hermano del hombre! Las Florecillas son una obra de reparación y de justicia para con la Naturaleza, pues gracias a ellas, entra de golpe a formar parte de la familia de nuestras sensibilidades...

Mérida, abril de 1944.

Dímas

Memento mei cun veneris
in regnum tuum.=San Lucas.

Oh criminal augusto! Cuántas veces
desde este cenegal en que me atasco,
vuelan a tu patíbulo mis preces
como gaviotas blancas
en busca de refugio hacia un peñasco.
Cuántas veces me arrancas
de las cuerdas más íntimas del estro
ese arpegio indeciso
que clama en sus acordes: Oh Maestro,
acuérdate de mí en el Paraíso!
Cuando el placer se agota, cuando al frío
del cansancio mi sangre se congela,
y como un implacable centinela
me vigila el hastío,
entonces, cómo envidio tu cadalso,
cómo envidio la cruz donde abdicaste
tu cetro impuro de monarca falso!
Cómo anhelo la cumbre donde expiaste
tus ambiciones locas
y la sed apagada en las orgías.
Porque . . . ¿no lo sabías?
De los conquistadores son las rocas!